



Los trayectos socio-políticos del siglo XIX

Este documento cuenta con 3 bloques temáticos:

Programa 6 – “San Martín y el Ejército de los Andes”

- ✓ Introducción; San Martín gobernador de Mendoza; Una economía de Guerra; Las mejoras económicas; El cruce de los Andes; Conclusión

Programa 8 – “Mendoza entre 1820 y 1880: Política, Religión y Catástrofe”

- ✓ Introducción; La política entre 1820 y 1880; Empresarios y empresas familiares; El patrimonio religioso de Mendoza tradicional; El Terremoto de 1861; El terremoto como elemento de ruptura urbana e ideológica.

Programa 11 – “Entre el orden y el progreso (1880-1918)”

- ✓ La burguesía industrial en Mendoza; La vieja oligarquía mendocina; Las políticas públicas del Estado Mendocino; La tierra irrigada; Las exoneraciones impositivas; El parque y otros espacios sociales; Los sectores populares de Mendoza

Programa 6 – “San Martín y el Ejército de los Andes”

Introducción

La Revolución Francesa había sacudido a Antiguo Régimen hasta sus cimientos. Los revolucionarios surgidos de una sociedad con Fuertes jerarquías sociales y privilegios de nacimiento, comenzaban a proclamar los ideales de una nueva filosofía, en cuyo centro se ubicaba la consigna surgida de la toma de la Bastilla: “Libertad, Igualdad, Fraternidad”.

España se veía amenazada por estas nuevas ideas políticas, al mismo tiempo que era asediada desde el punto de vista militar: los ejércitos napoleónicos ocupaban la totalidad de la Península Ibérica; el rey Carlos IV y su hijo Fernando VII eran desplazados y el hermano de Napoleón, José I nombrado rey de España.

Los acontecimientos europeos eran favorables al ideal de libertad para las colonias americanas. Sus clases dirigentes sabían que tenían una gran oportunidad que no podían perder. Desde Venezuela, Buenos Aires, el Alto Perú, Chile y otros Reinos, se empezaba a escribir la historia de la independencia y el nacimiento de las nuevas repúblicas.

Los gobiernos de Venezuela, Nueva Granada y Río de La Plata ya en 1811 se han volcado con firmeza por un gobierno independiente. El tiempo parece avanzar decididamente hacia adelante. Sin embargo, tras el desastre de Napoleón en Rusia, su estrella se va apagando. Es el amanecer de España, que logra expulsar a los franceses de su tierra, donde el Rey Fernando VII regresa al trono con la resuelta decisión de reprimir los movimientos revolucionarios de América. Para desarrollar este plan, Lima se ofrece como el escenario perfecto. La ciudad de los Reyes, principal capital de España en América del Sur, se había mantenido firme junto a la Corona, y tal lealtad la hacía estratégica como base de operaciones de Fernando VII para aplastar a los insurrectos.

Los proyectos del monarca español comenzaron a avanzar con éxito. El virrey del Perú envió un fuerte ejército a Chile; derrotó a los patriotas en la batalla de Rancagua y recuperó así el control de Santiago. Esta victoria reafirma las intenciones realistas y abre el camino para pensar la forma de recuperar las provincias unidas del Río de la Plata. La caída de Chile demostró que la única forma de asegurar la independencia de América era con la conquista del Perú. Así lo entiende José de San Martín y por ello elabora un ambicioso plan que tendría como base de operaciones a la antigua provincia de Cuyo.

San Martín gobernador de Mendoza

San Martín asume como gobernador de Cuyo en 1814. Poco tiempo después llegan a Mendoza los patriotas chilenos derrotados en Rancagua. A una ciudad de 10.000 habitantes llegan 3.000 emigrados. Entre ellos Bernardo de O'Higgins y los hermanos Carrera. San Martín simpatiza con el primero de ellos y cuando se manifiesta una disidencia entre los Carrera y O` Higgins, el gobernador de Cuyo ordena que los Carrera vayan hacia Buenos Aires.

A mediados de 1815, la Junta de Observación, heredera de la Junta Grande, sanciona el Estatuto Provisorio que debía regir a las Provincias Unidas y a mediados de año se realizó la elección de los diputados que debían concurrir al Congreso General convocado en la ciudad de San Miguel de Tucumán. Don Tomás Godoy Cruz y Don Juan Agustín Maza serían los representantes por Mendoza, de acuerdo al resultado de las elecciones y la influencia de San Martín.

A fines de julio de 1816 llegó la circular de Narciso Laprida, presidente del Soberano Congreso de Tucumán, notificando la declaración de la Independencia. Ya era la hora de San Martín y el Ejército de los Andes. Es por ello que el general solicita el relevo de su cargo de gobernador, como premio a sus esfuerzos, para dedicarse a la organización de ese grupo de hombres unidos en armas y bajo el mismo desafío: la libertad americana.

El Cabildo de Mendoza cede a San Martín y a su hija, 200 cuadras de terreno en Barriales, mientras es nombrado su sucesor al frente del Gobierno de Cuyo: el general don Toribio de Luzuriaga, un eficaz colaborador de la empresa sanmartiniana, quien asume el cargo el 24 de setiembre de 1816. Hacia fines de 1820 con el desmembramiento de Cuyo y la proclamación de San Juan y San Luis como provincias independientes, Luzuriaga resuelve poner fin a su gobierno.

Una economía de guerra

No hay campaña militar que pueda realizarse sin los recursos indispensables para cumplirla con éxito. La economía cuyana no hacía presumir que tales recursos pudieran obtenerse. Por ello, al asumir su cargo en nuestra ciudad, San Martín preparó el terreno en todos los sentidos, adecuándolo al esfuerzo que se aproximaba, y a la gloria que parecía más un espejismo del vasto desierto.

Sus medidas debían ser lo suficientemente elásticas como para responder a las cambiantes condiciones políticas y militares, pero basadas en las reales condiciones imperantes en el comercio, la industria y la producción mendocina de aquellos años, seriamente perjudicadas por la reconquista realista del vecino Chile. La guerra debía comenzar antes en la economía, y la primera batalla consistía en aumentar los recursos y disminuir los gastos; se trataba de un plan financiero de difícil implementación por la situación imperante. Para esto, estableció contribuciones especiales, regularizó impuestos y fijó gravámenes para el sostén del ejército, en un delicado equilibrio que marcó la más severa imposición sin destruir los recursos productivos y a su vez conformando fondos de reservas a los cuales recurrir cuando la situación así lo demandara.

Medidas y requerimientos que debían lograr sus objetivos sin provocar descontento ni oposición. Con firmeza, el futuro libertador buscó el difícil equilibrio, pero hombre hecho al fin para sortear dificultades, encontraría un justo término y la respuesta favorable de sus gobernados.

Las mejoras económicas

Luego llegaría el momento del estratega militar, mientras tanto se imponía en San Martín el estratega político y económico. Desde septiembre de 1814, Mendoza

es testigo de una notable acción de gobierno plena de logros e innovaciones. La activación económica lo llevó a estimular la producción en general. Con ampliación de los canales de riego y su saneamiento extendió las áreas cultivables, y con el cateo de minas de cobre y plomo, logró promover la minería mendocina.

Prosperaron durante su gobierno las industrias de curtidos, tejidos y talabartería. También lo hicieron los ramos de herrería y la preparación artesanal de sencillos productos alimenticios que abastecieron tanto al ejército como a la población civil.

Numerosos bandos se dejaron leer en las esquinas habituales para atender al progreso de la ciudad. San Martín no descuidó la ciudad, exhortó a los vecinos a blanquear los frentes de las viviendas, limpiar la extensión de la Alameda, y colaborar en el equipamiento del ejército. El orden que puso en la actividad de las pulperías, las disposiciones contra el juego, y la regulación del tránsito con la prohibición de galopar en las calles, redundaron en la seguridad de sus habitantes.

También la Salud preocupaba al general, y se ocupaba como hombre de acción que era. Con la creación de dispensarios, la implementación de una verdadera campaña de vacunación antivariólica y la lucha contra la hidrofobia, mejoró la calidad de la salud pública. La creación de nuevas postas de correo en Mendoza y en San Juan dio un nuevo impulso a las comunicaciones, estableciendo una ruta directa al norte argentino, evitando el largo rodeo que imponían los extensos caminos por Córdoba.

Encaminadas sus tareas gubernamentales, San Martín fue dedicando más tiempo a la formación del ejército. Sobre la base de las tropas existentes en Cuyo más el aporte de los auxiliares de Chile, comandados por Juan Gregorio Las Heras, fue desarrollando la maquinaria bélica destinada a libertar medio continente. Con respecto al área militar, introdujo tácticas napoleónicas y preparó especialmente a los hombres llegados de diferentes puntos del país, engrosados por las levas de esclavos y ciudadanos de la región.

La formación de este ejército de excelencia, requería un lugar adecuado en las cercanías de la ciudad, búsqueda que concluiría en el paraje El Plumerillo, a más de una legua al noreste de la ciudad, donde nacería el campo de instrucción y escuela de las tropas sanmartinianas. Allí, en las barracas delineadas por el sargento mayor Alvarez Condarco del cuerpo de ingenieros, los noveles reclutas se transformarían en aguerridos soldados bajo la atenta mirada de San Martín, quien en más de una oportunidad tomaría personalmente a su cargo el entrenamiento de los hombres.

Los oficiales completaban su formación con clases teóricas en las que recibían instrucción en tácticas y estrategias europeas que muchos de ellos sabrían aplicar en la Campaña y en guerras posteriores.

Más allá de las discusiones acerca de la ubicación del Campo de Instrucción, que ha concitado el interés de los historiadores, el actual emplazamiento del Campo del Plumerillo, el mismo Cristo Redentor y las distintas rutas sanmartinianas de la Provincia, se constituyen en perdurables e inequívocos testigos que revelan a quien los recorre, las enormes dificultades que debieron ser salvadas por el genio militar

del general San Martín para convertir su sueño de independencia sudamericana en una realidad tan cierta y tangible, como arduo y complejo el modo de alcanzarla.

El Cruce de Los Andes

El Plan continental de Independencia que habitaba en la mente del futuro libertador exigía preparar un ejército “pequeño pero bien disciplinado” en suelo mendocino, sorprender al enemigo cruzando la cordillera de Los Andes y una vez liberado Chile, reforzar las tropas con la incorporación de las del país trasandino. Desde el nuevo territorio libre, la estrategia se proponía avanzar por el Pacífico y atacar al Perú desde el mar, mientras un ejército de observadores en el camino del Alto Perú debería empujar a los realistas hacia Lima y luego de la ocupación de este bastión colonial, continuar la marcha libertadora hacia el norte.

El primer obstáculo se erigía en la estrategia como la montaña en el terreno, tan evidentes uno y otro, como arduos superarlos. San Martín debía conducir el ejército con todos sus materiales y bagajes, incluida la artillería, a través de un terreno totalmente inhóspito; asegurando a la vez que la tropa, al final del penoso recorrido, estaría en condiciones de dar aquella gran batalla que el Libertador ya había previsto fuese en la Cuesta de Chacabuco. Este cruce andino ha pasado a la historia como uno de los hechos de armas más grandiosos que ha visto el mundo.

Los probables caminos a transitar fueron recorridos innumerables veces por oficiales, baqueanos y hasta el mismo comandante en jefe del ejército, para elegir los más convenientes en función de los objetivos militares a alcanzar. Así fue que el conocimiento del terreno fue prioritario en la elaboración de los planes. El terreno hablaba a través de los testimonios de viajeros, viejas cartografías y reconocimientos personales. Pero en varias ocasiones, desde setiembre 1814 hasta la primavera de 1816, fue el mismo San Martín quien interpeló directamente a la montaña. Realizó numerosos reconocimientos, desde el valle de Uspallata hasta los caminos de importancia entre San Carlos y San Juan.

Mientras, el cuerpo de ingenieros del ejército de Los Andes, hacía lo propio en un frente de 300 kilómetros, relevando las distancias a cronómetro y luego volcando sus conclusiones en planos parciales y generales. Debía analizar las ventajas y desventajas topográficas que presentaban cada uno de ellos, sus posibilidades de acceso y la disponibilidad de recursos naturales indispensables. Esta evaluación llevó a establecer una combinación de rutas que permitieran cumplir las premisas de la Campaña, tomar objetivos principales y secundarios, inducir a la población a adherir a la causa de la independencia y dar en una sola y gran batalla el golpe decisivo al poder realista en Chile.

Esta verdadera labor de ingeniería estratégica, llevó a San Martín a elegir seis grandes rutas, desde el norte argentino, en la Provincia de La Rioja, hasta nuestro sur mendocino, en el actual departamento de Malargüe. Nacen así los caminos que pasarían a la historia como las “rutas sanmartinianas” y de las cuales Uspallata, del Portillo y Planchón, recorren nuestro territorio provincial, mientras que el paso que recibió el grueso de las cansadas huellas de la tropa, el de Los Patos,

se comparte en su recorrido con la provincia de San Juan.

Por el primero de esos trayectos marcharían los hombres del entonces Coronel Juan Gregorio de Las Heras, con expresas órdenes de llegar al Valle de Aconcagua el 8 de febrero de 1815, luego de requisar ganado y copar guardias enemigas en las estibaciones cordilleranas, hasta tomar contacto con la vanguardia del ejército, conducida por el brigadier Soler. Días después avanzaría por las mismas huellas, el esforzado Capitán Fray Luis Beltrán, con la artillería patriota. Otro grupo miliciano recorría el camino del Portillo argentino, en las cercanías del Manzano Histórico, bajo las órdenes del Capitán José León Lemos, con la misión principal de simular ser la vanguardia de las fuerzas principales, y de esta forma desorientar a los realistas y fomentar su insurrección.

Por el paso del Planchón, avanzarían los hombres del teniente coronel Ramón Freyre, patriota chileno quien, con 190 hombres debía cumplir objetivos similares.

El grueso de la tropa, con el Estado Mayor comandado por San Martín, emprendería el duro camino al norte, en busca de tierra sanjuanina, para vencer la cordillera de Los Patos, dejando atrás alturas de más de cuatro mil metros en el Espinacito, e ingresando a Chile por los pasos de las Llaletas y Valle Hermoso. El encuentro con los hombres de Las Heras, cerraría esta etapa, abriendo el capítulo de la gran victoria. Se había desafiado a la altura, se la había vencido, para conquistarla para siempre.

Conclusión

San Martín y sus hombres cruzaron la cordillera de Los Andes y derrotaron a los españoles en la batalla de Maipú. La primera parte del plan continental estaba superada. El próximo paso suponía dirigirse hacia el Alto Perú para combatir con el bastión más grande de los realistas en América.

Programa 8 - Mendoza entre 1820 y 1880: Política, Religión y Catástrofe

Introducción

La vida social y política de Mendoza entre 1820 y 1880, se refiere a un período importante en torno al cual la provincia andina ofrece novedades, tales como: guerras, escasez de circulante, limitaciones en materia de transporte, debilidad de las finanzas públicas.

En el orden político las innovaciones también fueron relevantes. Por una parte, en 1820, la provincia emerge como entidad política autónoma, al igual que la gran parte de las provincias argentinas. Por otra, entre 1820 y 1880, se configura un esquema de poder amparado en la legalidad republicana en el que convergen normas e instituciones que vigorizan el espacio político local. Una sociabilidad política cruzada por solidaridades familiares y de amistad, y por funciones militares, políticas y administrativas.

La política entre 1820 y 1880

La emergencia de la provincia como entidad política autónoma en 1820, coincidió con la emergencia de un grupo de políticos que dispuso de una virtual autonomía para organizar instituciones y normas que darían vida al nuevo Estado provincial. La puesta en marcha del régimen político de Mendoza dependió de un grupo de políticos forjados bajo el clima de las “luces” y la razón.

La inestabilidad que marcó los años veinte no impidió la introducción de novedades institucionales de larga pervivencia en el régimen político provincial. La conformación de un orden político acorde con la legalidad republicana y la soberanía popular dio lugar a cambios decisivos. En 1820 se creó la Sala de Representantes, el ámbito por antonomasia de la “voluntad popular”, y diferente al Cabildo que sintetizaba representaciones corporativas y de carácter urbano. Hasta 1825 primó entre ambas una coexistencia conflictiva que culminó cuando la institución capitular fue suprimida.

El gobernador encabezaba la cúspide de la administración provincial. Era elegido por la Sala de Representantes y lo acompañaban pocos ministros. Por el Reglamento de Policía (1828) se estableció la división en departamentos. Cada departamento contaba con un comisario, un teniente y dos ayudantes. Durante la gobernación de Pedro Molina (1834-1838), se completó el diseño institucional de la provincia al crearse Juzgados en lo civil, criminal y comercial.

La voluntad de unión entre las provincias cuyanas no fue suficiente para impedir crisis políticas y revueltas armadas que daban lugar a intervenciones de personajes o líderes políticos de importante ascendiente regional. En este esquema de poder la figura de Pedro Molina. Como gobernador electo en 1834, Molina endureció notablemente el régimen político. La Legislatura y el Poder Ejecutivo ratificaron la subordinación de Mendoza a Rosas.

El equilibrio político conseguido en los años de la gobernación de Pedro Molina se resquebrajó sensiblemente ante el nuevo estallido de la guerra civil entre las provincias. En 1852, derrocado Rosas, la mayoría de los federales mendocinos no tardaron en adherirse al nuevo líder de la Confederación Argentina, el gobernador entrerriano Justo José de Urquiza. En el marco de la reunión del congreso constituyente nacional de 1853, la provincia sancionó la Constitución provincial en 1854.

La Constitución nacional era efectivamente un programa de país. Se trataba de un país que se quería modernizar y progresar al compás del liberalismo económico. El acuerdo formal era federalismo y liberalismo. Y tácitamente la supremacía de Buenos Aires que se había iniciado en la época de Rosas.

La Batalla de Pavón (1861) significó una profunda vuelta de página en el escenario local. A pesar de las disposiciones normativas y de las acciones políticas para consolidar el orden liberal, las insurrecciones armadas siguieron alimentando la vida política en los años '60. En noviembre 1866, se produjo la Revolución de los Colorados que pretendió competir y poner límites a los liberales de Mendoza aliados a Mitre. Después que el gobierno revolucionario consiguió controlar el territorio provincial y de extender su influencia en San Juan y San Luis, los rebeldes fueron

derrotados por las tropas en 1867.

Al poco tiempo se convocó a las elecciones de gobernador. En el marco de la disputa de las candidaturas, se conformaron dos grupos que entendían la forma de hacer política de manera diferente. Bajo el liderazgo de personajes de amplia trayectoria en la política provincial, Carlos González y Francisco Civit, se conformaron dos agrupaciones políticas que dominaron el escenario provincial en los años setenta. Los enfrentamientos entre "gonzalistas" y "civitistas" no sólo se dieron en el escenario electoral para conseguir el control del poder político formal. Otros espacios públicos como la prensa y las reuniones callejeras fueron escenario de la competencia política.

Empresarios y empresas familiares

La reconversión de la economía regional estuvo dinamizada por un puñado de empresarios regionales que dieron origen a verdaderas empresas familiares organizadas en torno a un patriarca y nutridas por parientes, allegados y socios. Para las familias que vieron languidecer la posición social los hijos o hijas de estos nuevos linajes forjados en territorio cuyano se convertían en cónyuges aceptables para concertar buenos matrimonios. En ocasiones la política matrimonial traspasaban los límites de la localidad: era común que las relaciones comerciales de los progenitores diera lugar a la ubicación de sus hijas con comerciantes o empresarios de Córdoba o Buenos Aires.

El patrimonio religioso de Mendoza tradicional

En la colonia y hasta mediados del siglo XIX, Mendoza acumuló un valioso patrimonio religioso. La profunda piedad de la sociedad mendocina llevaba a los vecinos a orientar hacia el culto buena parte de sus bienes. Era muy frecuente que se fundaran capellanías: al escribir su testamento, los hacendados disponían que, de sus propiedades, se orientara anualmente una renta hacia las órdenes religiosas para que, a cambio, los frailes y sacerdotes dedicaran misas y oraciones para ayudar a su alma a salir pronto del purgatorio y ahorrarse los atroces tormentos que allí, según la teología, iban a tener que sufrir para purificación de su alma. Durante 300 años se mantuvo vigente el sistema tradicional de capellanías, las declaraciones como heredera a la propia alma y las grandes donaciones de propiedades a los religiosos. En este contexto se produjo la época dorada del arte religioso en toda América Latina.

En Mendoza existían construcciones religiosas formidables, comenzando por la Iglesia de los jesuitas, transferida, tras la expulsión de la Compañía de Jesús (1767), a los franciscanos. También eran importantes los templos de Santo Domingo y Nuestra Señora de la Merced. Pero estas tres construcciones se derrumbaron con el terremoto de 1861. Sólo han quedado de ellas las mal llamadas "Ruinas de San Francisco", restos de la Iglesia de los jesuitas, ubicada frente a la plaza Pedro del Castillo.

Lo que sí se salvó, para algunos milagrosamente, fueron las imágenes de la virgen María: Nuestra Señora del Rosario, llegada a Mendoza en 1590 y Patrona de

Mendoza, fue rescatada entre los restos del convento de Santo Domingo y actualmente sigue presente allí, en el Nuevo edificio de esta orden religiosa. También se salvó la imagen de Nuestra Señora de la Merced, que fue hallada intacta entre los escombros. Otro testimonio de época es Nuestra Señora del Bueno Viaje, venerada por los jesuitas, y la Virgen de la Carrodilla, llegada a Mendoza en 1780.

Estas cuatro imágenes tienen la particularidad de estar vestidas, tal como es estilaba en la imaginería española colonial. Sus primorosos vestidos, muchas veces de una seda muy fina llamada persiana y bordados con hilos de oro, eran cuidadosamente mantenidos por las damas de las Cofradías que se dedicaban a rezar el santo rosario, promover obras pías y “vestir santos”.

Esta costumbre se perdió a partir de fines del siglo XIX, cuando se impuso el estilo italiano de imágenes de yeso. Sus vivos colores y atractivos diseños, ganaron la preferencia de los fieles devotos, mientras que muchas antiguas imágenes vestidas fueron marginadas, olvidadas y perdidas.

El Terremoto de 1861 destruyó buena parte del patrimonio religioso que los mendocinos habían acumulado durante 300 años. Pero a pesar de la catástrofe, algunos edificios religiosos se mantuvieron en pie, sobre todo a extramuros de la ciudad. Cerca de Palmira se encuentra el oratorio del Alto Salvador, lugar que el general San Martín visitaba con frecuencia, durante la preparación del Ejército de los Andes, para realizar allí sus meditaciones y trazar sus planes.

En el departamento de Guaymallén se encuentran algunas capillas de singular antigüedad. En Buena Nueva está la capilla dedicada a Nuestra Señora del Rosario, lugar que tuvo un protagonismo singular en la historia espiritual de Mendoza, cuando fue refugio de muchos en tiempos del terremoto de 1861. Más al sur, se encuentra la capilla de Jesús Nazareno. Según una tradición, fue construida en la hacienda de don José Pescara. Uno de sus bienes más preciados es la campana fundida en cobre, estaño, oro y plata, que todavía se conserva en la actualidad. Cerca de allí, pero ya en el departamento de Maipú, se encuentra la capilla de Barrancas. Algunos la consideran una auténtica joya arquitectónica de Mendoza colonial. Igual que las anteriores, logró salvarse del terremoto de 1861 y nos entrega, al día de hoy, un recuerdo fresco y vívido del clima cultural que reinaba en América Latina tradicional.

El Terremoto de 1861

La Mendoza anterior al terremoto es comúnmente conocida como “ciudad de barro”: las casas estaban construidas con adobe de tierra humedecida y paja, y blanqueadas con cal, lo que le daba un aspecto muy colonial a la ciudad, y la ligaba de esta forma a su pasado español.

Aproximadamente, unos ocho mil habitantes vivían en la ciudad, especialmente en el núcleo fundacional y en los alrededores.

Las acequias que dibujaban la ciudad estaban construidas de manera irregular. Existían dos tipos de acequias: las principales y las secundarias. Las primeras remontan su origen a los antiguos habitantes de la región, los huarpes.

En cambio, las segundas, tenían un origen más reciente, y atravesaban la ciudad. Estas no tenían una traza uniforme, como en la actualidad, que corren de forma paralela entre la vereda y la calle. Este sistema hidráulico era utilizado para regar los campos cultivados, para hacer funcionar los molinos, y para proveer de agua potable a la ciudad.

Desde 1854, una Constitución Provincial regía en Mendoza. Esta carta no aseguró el real equilibrio de las instituciones, y las desavenencias políticas entre las facciones, en algunos casos significó su olvido y, en otros, el avasallamiento. Como puede observarse, la ciudad era antes del terremoto, un espacio políticamente equilibrado, socialmente tranquilo y económicamente productivo. El terremoto modificó bruscamente la estructura de la ciudad.

El terremoto como elemento de ruptura urbana e ideológica

El 20 de marzo de 1861, a las nueve de la noche, la tierra comenzó a temblar de manera brusca. Algunos sintieron “un desvanecimiento, como si el suelo se moviese sobre agua, e inmediatamente se oyó un ruido terrorífico como si miles de carros cargados de piedras fuesen arrastrados por toda la ciudad”. La intensidad del sismo en la escala de Richter llegó a los 7,2 grados (máximo 10°), y en la de Mercalli modificada entre IX y X (máximo XII).

El sismo destruyó prácticamente toda la ciudad, y tan sólo algunos edificios quedaron en pie. Aproximadamente unos cinco mil habitantes murieron en la catástrofe y cerca de ochocientos resultaron heridos. El fuego posterior al terremoto incendió una parte importante de la ciudad y el desborde de aguas también hizo su parte de daño.

Luego del sismo, las autoridades comenzaron a deliberar sobre un nuevo sitio para reconstruir la ciudad, ya que el área fundacional, según análisis geológicos, no era adecuada. En esos momentos se comenzaron a trabajar algunos sitios de referencias para la reconstrucción.

San Vicente, antiguo nombre del departamento de Godoy Cruz fue uno de los lugares propuestos. También el sitio ubicado en Maipú denominado Cruz de Piedra fue esbozado por algunas autoridades. Otro sitio sobre el que se habló fue Las Tortugas, ubicado en la actual localidad de Carrodilla en Lujan de Cuyo. San Francisco del Monte, entre Guaymallén y Godoy Cruz también fue propuesto. Pero finalmente, la llamada Hacienda de San Nicolás resultó ser el lugar donde las autoridades decidieron reconstruir la “Ciudad Nueva”.

Se ha hablado de una “ruptura urbana” de la ciudad, porque se desarticuló en dos, y comenzaron a ser conocidas como la “Ciudad Vieja” y la “Ciudad Nueva”. Las autoridades se trasladaron de lugar en el año 1863 y con ellas también los edificios públicos. Los propietarios de las tierras de la antigua Hacienda de San Nicolás, habitantes pertenecientes social y económicamente a la clase alta, se vieron beneficiados con el traslado, y sus propiedades se revalorizaron monetariamente. La ciudad destruida fue abandonada, y las personas que no tenían los fondos necesarios para realizar el traslado de sus viviendas debieron quedarse y reconstruir sus casas sobre los escombros.

Es por eso que la “Ciudad Vieja” sufrió un “proceso de decadencia y desjerarquización”, hipótesis que es apoyada por el hecho de que en el lugar del Cabildo se erigió un matadero público y a la antiguamente denominada “Plaza mayor” comenzó a llamársela “plaza del matadero”.

Sin embargo, el cambio más brusco que sufrió la ciudad se debió a la ruptura ideológica que transformó completamente el espacio urbano. En 1861, se estaba llevando a cabo en el país la instauración del liberalismo de la mano de Mitre. La ideología liberal que sostenía Mitre se basaba en algunos elementos fácilmente reconocibles: ruptura cultural con el pasado colonial y español, tendencia hacia el progreso económico y el orden social de la nación, influencia cultural de Francia y de Inglaterra, libre comercio y enrolamiento económico del país en el lugar de las naciones productoras de materias primas. Estos aspectos ideológicos serían impuestos al interior por medio de consensos políticos o por medio de la fuerza militar.

En la ciudad de Mendoza, el proceso de transformación política e ideológica de la nación se dio de forma paralela con la reconstrucción de la ciudad posterremoto. Varios elementos de ruptura pueden observarse en la ciudad. La prohibición de blanquear las casas con cal, para no reflotar el pasado colonial, fue uno de ellos. La planificación de la nueva ciudad por el francés Julio Ballofett, la instauración de paseos y bulevares típicamente europeos, la nominación inicial de las nuevas plazas con los nombres de Independencia, Orden, Progreso y Libertad, etc.

Programa Nº 11 – “Entre el orden y el progreso (1880-1918)”

La burguesía industrial en Mendoza

Alrededor de 1880 se inicia en el país un momento de grandes cambios relacionados con el ingreso al circuito capitalista internacional y con la consolidación del estado nacional moderno. Dentro de un mercado internacional asentado sobre el librecambio, los distintos países fueron orientándose hacia la especialización productiva y se produjo la división internacional del trabajo: quienes aportaban las materias primas y quienes las industrializaban. Argentina se ubico dentro de la primera variante la más rápida y la más limitada en el largo plazo porque retardo el desarrollo industrial del país, como país exportador de lanas, cueros y cereales.

La adecuación a la nueva situación mundial fue propiciada desde el estado por una elite innovadora, progresista en lo económico, pero conservadora en lo político. Este grupo, llamado por algunos autores "Generación del 80", profesaba una ferviente creencia en el orden y el progreso y unía a su liberalismo económico, un acendrado conservadurismo político para defender y mantener el poder que tradicionalmente había retenido en sus manos.

El progreso no llegó por igual a todos los lugares del país. La expansión económica favoreció especialmente a aquellas regiones del país que consiguieron incorporarse a la economía agroexportadora. Otras, como el caso de Mendoza,



aprovecharon la expansión del mercado interno y se insertaron en el con su producción agroindustrial.

La vieja oligarquía mendocina

El grupo de familias que había retenido el poder prácticamente desde la Colonia y que ocupaba los cargos principales en el aparato del Estado, supo aprovechar y acompañar la racionalización capitalista, que era la tónica de los nuevos tiempos. Este grupo, la "oligarquía" mendocina compartía intereses políticos. Adhirieron al triunfo liberal de 1861 y permanecieron en el hasta la llegada del radicalismo al poder en 1918.

El surgimiento de la burguesía vitivinícola en Mendoza, a fines del siglo XIX fue posible por cuatro causas fundamentales: primero, la pre existencia de una larga tradición vitivinícola en Mendoza, y una cultura empresaria y de proto-burguesía; segundo: la consolidación de la estabilidad política, basada en la Constitución Nacional de 1853 y en un régimen político republicano que tenía falencias, pero garantizaba reglas de juego estables para los grandes actores económicos. Tercero: la fuerte expansión de la red ferroviaria en la Argentina, impulsada por el Estado y los capitales británicos. Cuarto: la afluencia masiva de inmigrantes europeos que a la vez crearon un formidable mercado para los vinos cuyanos en el área rioplatense-pampeana, y contribuyeron a renovar técnicas productivas y comerciales en la industria vitivinícola.

Las políticas públicas del Estado Mendocino

El desarrollo provincial no podía dejarse librado a la iniciativa privada y por ello el Estado mendocino adoptó un rol intervencionista muy activo para fomentarlo y protegerlo. En este sentido, las políticas públicas, ya iniciadas a mediados de la década de 1870, estuvieron dirigidas hacia el logro de tres elementos básicos: tierra irrigada, capital y mano de obra.

La tierra irrigada

El Estado llevó a cabo la extensión de la irrigación provincial y contrató especialistas para la concreción de las primeras obras importantes de riego, al mismo tiempo que en 1884, durante el gobierno de Rufino Ortega, dictó la primera ley de aguas.

La finalización de la Campaña al Desierto permitió incorporar importantes territorios al patrimonio provincial en el sur mendocino, que los agrimensores comenzaron a mensurar.

Las exoneraciones impositivas

La exoneración de impuestos a las viñas fue una de las políticas públicas con efectos más decisivos. Su objetivo fue brindar alicientes a quienes quisieron dedicarse a la plantación de viñedos, que por las características del cultivo, demora tres años en dar beneficios. En 1881, se sancionó una ley de eximición impositiva por cinco años para los plantadores de viñas, olivos y nogales.

La vitivinicultura fue una actividad protegida. Esta política de protección, permite afirmar que gran parte del costo de la expansión agrícola de la provincia no fue pagada por los viñateros y se trasladó a otros contribuyentes, por ejemplo, los propietarios urbanos y los que no se volcaron a las explotaciones vitivinícolas.

Sin embargo, el idilio terminó cuando comenzaron las dificultades financieras de 1890. La industria vitivinícola, que había sido la "niña mimada" de la oligarquía mendocina, se convirtió entonces en un recurso para sortear la crisis y para soportar el peso de la deuda externa contraída. De allí en adelante la industria, en forma creciente, financiaría la provincia.

El parque y otros espacios sociales

El parque General San Martín

Al oeste de la ciudad de Mendoza se extendía un enorme pedregal con vegetación achaparrada, baja y espinosa. En ese lugar, la Generación del 80 de Mendoza, liderada por el entonces gobernador Emilio Civit, decidió iniciar un sueño.

La ley de creación del Parque fue sancionada en 1896. Poco después se inició la construcción de un parque de 220 hectáreas. En el primer año se plantaron 40.000 árboles diversos, así como 10.000 plantas traídas de Santiago de Chile. El parque fue diseñado por Carlos Thays, un célebre paisajista francés autor del Parque de Palermo en Buenos Aires y de otros en Latinoamérica. Thays diseñó un espejo de agua, un pequeño lago en ese pie de cerro precordillerano. Para realizar la excavación fue preciso construir un ferrocarril que llegaba desde la estación de avenida Las Heras, subía por la actual Juan B. Justo e ingresaba por el lugar donde están los Portones. La actual sede de la Dirección de Parques era la estación de esta simpática línea férrea que luego durante dos décadas se utilizó como transporte para visitantes.

En 1910: "Pero la gloria de Mendoza la constituye, más que los hospitales o cárceles, el magnífico Parque del Oeste, que se extiende sobre una superficie de 300 hectáreas en la base del cerro del Pilar, y que es un verdadero Bosque de Bolonia en formación, tratándose de una ciudad de 50.000 habitantes.

Cuando lo visite acababan de construir un lago artificial de un kilómetro de longitud por trescientos metros de anchura, con muros cimentados, embarcadores y amplias tribunas para las regatas. Y más adelante... lo extraordinario, lo verdaderamente milagroso, es que ese parque fue creado, casi de repente, en un terreno completamente estéril, donde los arbustos raquíticos vegetaban entre peñascos ¡Como arreglárselas para que los árboles y las plantas pudiesen crecer! Llevar tierra vegetal para cubrir una superficie de 300 hectáreas era tarea imposible. Pero el gobernador señor Civit tuvo una idea tan sencilla como admirable. Llevo allí el agua de la montaña, que se extendió por la inmensa superficie y depositó en ella su limo fertilizador... Adorna la entrada del parque una verja monumental, en negro y oro, de un bello estilo. Se le destina una fuente, ornamentada con sirenas, que acaba de salir de París. Y un grupo de caballos de Marly, en mármol de carrara, encargado también a París".

El Parque del Oeste como se le llamaba entonces al Parque General San Martín, fue el principal escenario de los festejos por el Centenario de la Revolución de Mayo que se celebraron en Mendoza con gran pompa y que según los periódicos de la época describieron como los más brillantes después de los de Buenos Aires en todo el país.

En poco tiempo, el parque se convirtió en el espacio privilegiado de las elites de Mendoza. Allí se dirigían las niñas y jóvenes casaderas de alta sociedad, a pasearse en sus victorias, con sus elegantes vestidos. Y los muchachos iban a verlas para iniciar así las más exquisitas relaciones de amistad y amor. El parque era un lugar donde las elites se reconocían, a la vez que afirmaba la pertenencia a un grupo que operaba como la locomotora del despegue de Mendoza.

La última década del siglo XIX y la primera del XX fue la época del auge de los gobiernos conservadores, de la que el Parque del Oeste fue todo un símbolo. Un hombre representa cabalmente a esa oligarquía: Emilio Civit, el principal hacedor de la Mendoza moderna.

En 1907, Emilio Civit llegó al gobierno de la provincia. Llevaba largos años manejando los hilos del poder, y su pensamiento y su práctica eran un típico exponente del lema "orden y progreso".

Su acceso a la primera magistratura, como candidato de los Partidos Unidos, tiene el apoyo explícito de los bodegueros que, manifestaron su adhesión en largas listas en la prensa. Este sector confiaba plenamente en que Civit utilizaría nuevamente el poder para seguir consolidando la estructura económica vitivinícola.

Si hacemos un balance acerca de las políticas públicas de los gobiernos mendocinos entre 1880 y 1916 podemos afirmar que, indudablemente, iniciaron a Mendoza en el camino del desarrollo económico y de la modernización y burocratización de un Estado intervencionista que, en nuestros días está en pleno proceso de reforma. Todavía, prácticamente sobre los años del Centenario, con el gobierno de Civit, la vieja "oligarquía" mendocina, que se había convertido en una parte importante de la burguesía vitivinícola, seguía aumentando su poder. Sin embargo, ya el desequilibrio que habían originado los profundos cambios producidos en el país y en Mendoza, se había hecho evidente y la correspondencia entre el poder político y económico había comenzado a fisurarse.

Los sectores populares de Mendoza

Mientras la burguesía de Mendoza asombraba al país con sus logros económicos y soñaba con obras majestuosas, como el Parque, los sectores populares llevaban adelante una existencia de sudor y trabajo.

De acuerdo al informe elaborado por el técnico español Biale Massé sobre la situación de las clases obreras argentinas a comienzos del siglo XX, en Mendoza existía una gran brecha entre los sectores populares y la brillante burguesía. La condición del trabajador es estacionaria y esto aún para los extranjeros mismos. No hay más idea de la cuestión social que la de pagar menor jornal y hacer trabajar al obrero lo más que se pueda. "Los viñateros y pequeños bodegueros que venden su uva y sus mostos a las grandes bodegas son explotados como los cañeros de

Tucumán, y apenas si inician ahora un movimiento de unión y cooperación que enfrente a los bodegueros”.

El informe también destaca el papel de la mujer de sectores populares, sobre todo en el trabajo de la viña: "Aquí, felizmente, no se explota todavía a la mujer del modo brutal, semi bárbaro, como se hace en muchos países de Europa". "La atada de los sarmientos, la sacada de ellos de la viña y la vendimia son del trabajo de la mujer tanto como del hombre, amén de otras muchas ocupaciones. Puede ser que alguna vez se olviden racimos en las plantas y plantas en las hileras, pero eso no indica un descuido de vigilancia, por lo menos tan grave como la falta del obrero, que ocurre en Europa como aquí”.

La vida urbana sufrió modificaciones y mostró los cambios y desajustes sociales, alternando lujosas viviendas con inquilinatos y rancheríos. La ciudad que tiro abajo el terremoto de 1861 fue dejada en el abandono y se convirtió en el Barrio de las Ruinas, donde permanecieron viviendo los sectores populares. Los recursos oficiales fueron para la parte nueva de la ciudad, en los alrededores de la actual Plaza Independencia, que recibió un impulso decisivo con la intendencia de Luis Lagomaggiore en 1888 y que fue elegida como residencia por los sectores con mayores recursos económicos. Prácticamente en el límite oeste de la nueva traza urbana, a lo largo de las vías del ferrocarril, se establecieron los inmigrantes en los numerosos conventillos de la calle Belgrano. Fue allí donde comenzó el primer caso de cólera en 1886, que evidencio las graves deficiencias sanitarias de la ciudad (costo 4000 vidas en los primeros tres meses) y aumento el control sobre lo urbano.

El principal problema era la falta de agua potable (solamente un 5% de las casas tenían conexión domiciliaria) y como los surtidores públicos eran escasos, la mayoría de la gente tomaba agua de las acequias, que a su vez servían de desagües cloacales. En 1897 se contrataros los servicios del higienista Coni debido a la alta tasa de mortalidad, especialmente infantil (56 por mil en 1894). La falta de salubridad era una de las contracaras del progreso, pero, sin embargo, Coni, no la relacionó con las malas condiciones de vida de los sectores populares.

En las zonas rurales, los trabajadores, alentados por la demanda laboral, se instalaban, preferentemente, en las zonas donde predominaban las explotaciones vitivinícolas, aunque todavía los potreros de alfalfa durante algunos años mantuvieron su importancia. La gran mayoría estaba constituida por jornaleros y gañanes, en incluso carreros, que realizaban tareas estacionales y que no alcanzaban los salarios de supervivencia. Generalmente, deambulaban de una propiedad a otra, careciendo de estabilidad en la vivienda y en las relaciones familiares. Los contratistas de viña constituían una categoría especial de trabajadores rurales y estaban ligados al propietario, a través de un contrato, que permitía compartir riesgos y ganancias. De esta manera el propietario se evitaba el trabajo directo, recibía sus ganancias, podía atender otras actividades y por otra parte, tenía en la finca un control sobre los trabajadores. La crisis del 90 había mostrado con crudeza algunas consecuencias del modelo económico conservador.

A la falta de trabajo se le unió el alza de los precios de los artículos de primera necesidad. Las páginas de los diarios mendocinos de la época muestran

que la escasez de demanda laboral acrecentó las actitudes xenofóbicas de los criollos hacia los extranjeros. Algunas colectividades llegaron a exigir garantías para sus connacionales que eran apedreados por las calles de la ciudad.

La grave crisis económica, con la consiguiente baja de los salarios, la inflación y el desempleo, motivaron los primeros intentos de los trabajadores por organizarse y reclamar por sus derechos. En los años 80 había surgido el Club de los Artesanos, que en un principio funcionaba como clientela política del oficialismo y luego de 1891 reafirmó su autonomía y se pronunció por Lencinas. En este mismo año se creó la Federación Obrera que comenzó su lucha por una mejora en las condiciones laborales, sin respuesta alguna. En 1892 una manifestación de 1.500 desocupados llegó a la Casa de Gobierno reclamando soluciones para paliar el desempleo que había traído la crisis del 90. En 1896 estalló la primera huelga en Mendoza, protagonizada por los carreros de la Municipalidad que protestaban porque se les habían bajado sus sueldos. Con la fundación en Mendoza del Partido Socialista en 1900, los trabajadores encontraron un espacio alternativo para canalizar sus demandas y con el correr de los años, las huelgas fueron una muestra más de un progreso económico que no había sido equitativo para todos.

Bibliografía

El programa televisivo N°6 "San Martín y el Ejército de los Andes" se realizó a partir del capítulo 3. de Satlari, María Cristina (2004): "De las Reformas Borbónicas a la desintegración de Cuyo" en Roig, A; Lacoste, P. y Satlari, M. (Comp.): Mendoza a través de su historia, Mendoza, Caviar Blue

El programa televisivo N°8 "Mendoza entre 1820 y 1880: Política, Religión y Catástrofe" se realizó a partir del capítulo 4. de Bragoni, Beatriz: "La Mendoza criolla. Economía, sociedad y Política" en Roig, A; Lacoste, P. y Satlari, M. (Comp.): Mendoza a través de su historia, Mendoza, Caviar Blue.

El programa televisivo N°11 "Entre el orden y el progreso" se realizó a partir del capítulo 7. de Mateu, Ana María: "*Entre el Orden y el Progreso*" en Roig, A; Lacoste, P. y Satlari, M. (Comp.): Mendoza a través de su historia, Mendoza, Caviar Blue.

"Mendoza a través de su historia", Roig, Arturo; Lacoste, Pablo y Satlari, María Cristina, Mendoza, 2004, Caviar Blue.

"Mendoza: Economía y Cultura", Roig, Arturo; Lacoste, Pablo y Satlari, María
Compiladores. Mendoza, 2004, Caviar Blue.
Cristina,